VANITY FAIR®

LO QUE NUNCA SE HA CONTADO DE LAS MEJORES EXCLUSIVAS

COORDINADO POR

LOURDES GARZÓN

Planeta

Coordinado por Lourdes Garzón

VANITY FAIR

Lo que nunca se ha contado
de las mejores exclusivas

Planeta

032-111004-Vanity Fair.indd 5 04/09/13 08:37

Índice

Prólogo 9

Felipe de Borbón y Letizia Ortiz. Una exclusiva real 13
Cita en palacio 16

Corinna zu Sayn-Wittgenstein. Princesa a la fuga 33
Y de repente, Corinna 36
Al servicio de su majestad 48

Ricky Martin. Yo soy papá y yo soy mamá 59
Los Martin, bien, gracias 62

Javier Anastasio. ¿Es usted un asesino? 73
La hora de la verdad 76

Cayetana de Alba y Alfonso Díez.
Love story 91
El sí de Cayetana 94

Mario Conde. El hombre es su morada 107
Más allá de la derrota 110

Noor de Jordania. Su majestad, la periodista 123
Paso a la Reina 125

Laureano Oubiña. Operación Nécoras 137
Oubiña regresa al pazo 140
Una historia feita *en Galicia* 147

Carmen Martínez-Bordiú. Darwinismo sentimental 153
Carmen y el escándalo 156

Tony Blair. Volar con Tony 169
De gira con Tony Superstar 173

Jacinto Rosselló. Mentiras arriesgadas 187
Su alteza, el estafador 192

Eugenia Martínez de Irujo. Escapar de Eugenia 207
¡Corre, Eugenia, corre! 211

Dominique Strauss-Kahn. Fiestas finas 221
Desnudando a DSK 224

Charles Manson. ¿Por qué quieres entrevistar a Charlie? 237
«Soy un ejecutor» 240

Felipe de Borbón y Letizia Ortiz

UNA EXCLUSIVA REAL

Los Reyes de España no conceden entrevistas. Los Príncipes, tampoco. Al menos oficialmente. Es un pacto no escrito e inquebrantable entre la prensa y la Familia Real. Lo sabíamos bien cuando un lluvioso día de finales de 2008 pusimos el pie por primera vez en el palacio de La Zarzuela, entre el miedo y el respeto que provocan los perros policía, las decenas de controles y el cortés e idiosincrásico protocolo palaciego. Sin embargo, nosotros queríamos la exclusiva. ¿Lo conseguimos? El resultado está ahí. El reportaje fue el más leído en la historia de la revista, y decenas de medios de comunicación recogieron nuestro relato. Su gran duda: ¿acaso había tenido *Vanity Fair* trato de favor? ¿Había roto la Casa Real la norma que dice que ningún miembro de la Familia Real hace declaraciones? ¿Posaron sus altezas para nosotros? En su momento escribimos: «Los Príncipes no conceden entrevistas, si hemos hablado con ellos no podemos contarlo.» Fue una frase pensada y medida al milímetro. Teníamos un material excepcional, pero también el compromiso de no publicar explícitamente que era una exclusiva. Lo cumplimos.

«Su alteza real la princesa de Asturias. ¡Pom! ¡Pom!» Todavía recordamos los golpes de la Guardia Real con el bastón de maestro de ceremonias contra el suelo y la entrada en escena de la Princesa a las audiencias y las recepciones. Seguimos a Felipe y Letizia durante meses. Fuimos, literalmente, su sombra. Ella olía a mora; él era cercano, cariñoso. «Mi chico», repetía ella cuando él no estaba.

Durante aquel tiempo a su lado hubo que aprender a es-

cuchar con paciencia y habilidad. En aquel edificio de ladrillo rojo que es el Palacio Real había muchas paredes entre las que ocultarse y las puertas se cerraban allí por donde se disponían a pasar sus altezas, pero los sonidos volaban lejos. Si te esmerabas, podías escuchar el vozarrón estentóreo del Rey detrás de una estancia. No hubo día que no volviéramos con una jugosa anécdota. A veces la forma en la que la gente habla, elige su ropa, se mira al espejo o calla, dice mucho, mucho más de lo que está dispuesta a contar de sí misma. Y nosotros tuvimos el privilegio de ser testigos de estos detalles.

Un día acompañamos a los Príncipes hasta Murcia. El griterío de la gente era insoportable: «¡Felipico, Felipico! ¡Guapo!» Los Príncipes, a los que escoltábamos a dos pasos, se nos acercaron. «Tenéis que viajar la semana que viene con nosotros al extranjero. Allí podréis observar otro tipo de trabajo», nos dijo ella. «¿Verdad, Felipe? ¡Felipe!», insistió. «¿Sí, perdón, qué decías, cariño?», despertó su alteza, que estaba admirando el espectáculo. «¡Hijo, hoy estás sordo, la verdad!» Nos reímos un buen rato con ellos.

Escuchamos confidencias y vivimos situaciones sobre las que nunca escribimos. Este reportaje fue también un ejercicio sobre los límites que nos ponemos los propios periodistas y el cumplimiento de los acuerdos con los protagonistas de nuestra historia. En la Casa Real, lo que se dice y lo que se puede contar son cuestiones bien distintas y siempre en delicado equilibrio. Los amigos de los Príncipes y sus familiares lo saben bien. Charlamos con muchos de ellos. Las pausas, las evasivas, los cambios de tema eran buenos indicadores de qué consideraban demasiado íntimo o imprudente. Aun así, nos desvelaron muchas de ellas. «Felipe era vago y travieso de joven», nos dijo Pablo de Grecia, primo hermano y uno de los mejores amigos del Príncipe. Creo que alguien, tiempo después, le reprobó sus comentarios.

«Pero vosotros, realmente, ¿qué queréis?», nos llegó a interpelar la Princesa en una de las ceremonias. Lo que pretendíamos era que nos lo contara todo. Justo lo que el sistema nos negaba. ¿Cómo distribuye el Rey los 8,9 millones de euros

que recibe del Estado? ¿Por qué no rinde cuentas, y no publica la Familia Real sus declaraciones de la renta? ¿Podemos hablar de las empresas familiares? Queríamos elaborar la crónica de un mundo desconocido, inmerso en un cambio profundo y revolucionario.

Ella sonrió. Inmediatamente, un alto responsable de prensa apareció en escena.

—¿Podemos saber...? —inquirimos.

—No. Siguiente pregunta —respondió tajante el hombre.

«Lo del hermetismo es un tópico», nos llegaron a decir. «La Constitución no le pide al Rey, ni al Príncipe, ni a nadie de la Familia Real que explique en qué gasta el dinero.» Y añadieron: «La Familia Real británica tiene empresas y por eso publica cuánto gana o pierde, pero esta familia no tiene empresas. Su única empresa es España.» Poco sabíamos entonces de Aizoon, propiedad de Iñaki Urdangarin y la infanta Cristina de Borbón, o de Nóos Consultoría Estratégica.

La regla no escrita de que la Familia Real no habla, argumentamos, era poco razonable. ¿Cómo podemos saber a qué se dedican, más allá de estrechar manos, si no lo explican? «Si lo dicen, anulan su eficacia. ¡Ya nos gustaría poder contar para qué sirve exactamente la monarquía!», respondía su entorno.

Negociar las imágenes también fue casi un asunto de alta diplomacia. Sus altezas, por supuesto, tampoco podían dar la impresión de haber posado en exclusiva para *Vanity Fair*. «¡Los otros medios nos matarían!», enloquecía el equipo de prensa.

Nick Danziger, el prestigioso fotógrafo londinense que elegimos para retratar a los Príncipes, viajó en varias ocasiones hasta Madrid. Acostumbrado como estaba a fotografiar a la Reina Isabel de Inglaterra o Alberto de Mónaco, no podía comprender que todo fuera tan complicado, tan secreto. Danziger entraba siempre por alguna puerta de atrás. Esperaba, acompañado sólo de algunos escoltas, a sus protagonistas en habitaciones alejadas, a salvo de las miradas envidiosas de sus compañeros. Tenía la sensación de estar trabajando en medio de un secreto de Estado.

Suponemos que el hecho de que fuera un reputado profesional que había tratado con princesas, reinas y jefes de Estado ayudó. Y mucho. Lo que parecía imposible sucedió. Ahí estaban las fotografías.

No relataremos más de lo que entonces narramos: «Da igual que consigas mantener discretos contactos con algún miembro de la Familia Real. Sus declaraciones, a veces obligadas medias palabras, no se pueden entrecomillar. Si para este reportaje entrevistamos a Felipe y Letizia, no lo podemos contar.» Para decir algunas cosas es mucho mejor, mucho más eficaz, no decirlas. No hace falta decir más, para decirlo todo.

«Cita en palacio» abrió, junto con muchos trabajos de otros compañeros periodistas, la veda a la crítica y a la reflexión sobre un poder hasta entonces intocable. El reportaje apunta ya el rumbo que emprendía la institución, los desafíos y las transformaciones que debía afrontar. La prueba es que tras su publicación, la Casa Real anunció que haría pública la agenda oficial de actividades hasta entonces secretas del Rey. Hoy, además, una raquítica Ley de Transparencia los obliga a estar sometidos a un mayor control y fiscalización.

Lo que conseguimos fue gracias a que trabajamos como si no hubiera pactos ni normas inexpugnables. Ni un poder inquebrantable ante el que claudicar.

A veces, las fortalezas tienden puentes de forma inesperada.

Cita en palacio

Por Eva Lamarca y Andrés Aguayo
Vanity Fair, número 19, marzo de 2010

Pasadas las dos de la tarde, concluida su última audiencia del día en palacio, Letizia Ortiz saborea un caramelo aromático. Está cansada. Lleva horas hablando. Tiene la garganta seca y síntomas de un constipado. De un bolso grande extrae un pañuelo gris que se ata al cuello, protegiéndose. Es tarde. Tiene

que comer rápido. Pronto llegarán las Infantas. Tendrá que atenderlas. A ellas y a sus infinitas demandas. Como Leonor, que pregunta siempre: «Mamá, ¿tú en qué trabajas?» «Por España, hija, para tratar de mejorar mi país», responde paciente la princesa de Asturias. Es 22 de diciembre y hay revuelo en La Zarzuela. El Rey graba esta tarde, por adelantado, el mensaje de Navidad para Televisión Española. Una de las pocas apariciones mediáticas del Monarca. Y es que en palacio impera la ley del *off the record.* Da igual que consigas mantener discretos contactos con algún miembro de la Familia Real. Sus declaraciones, a veces obligadas medias palabras, no se pueden entrecomillar. Si para este reportaje entrevistamos a Felipe y Letizia, no lo podemos contar.

Letizia Ortiz es una princesa insólita. No sólo porque no nació para ser Reina, sino porque minimiza al extremo su papel. No soy nadie, no soy nadie, se repite. El importante aquí es Felipe. Una princesa inaudita porque es, además, una mujer fuerte. Agresiva. De esas que intimidan a los hombres. Una persona vehemente; que dice lo que piensa. Curiosa: pregunta más que responde. Enérgica: toquetea los hombros de sus interlocutores, les coge las muñecas, las manos... Quiere resultar convincente en lo que dice. En este tiempo ha aprendido a jugar rápido sus cartas; desde que se codea con Bill Clinton o Barack Obama sabe que posee pocos minutos para demostrar que tiene dos dedos de frente. Que es una mujer lista, a la que le interesa todo.

Huele a mora. De cerca, es tan delgada como aparece en las fotos. Su ropa deja entrever los huesos de sus brazos, finísimos. Tiene un físico de porte etéreo. El rostro, cerúleo; irreal su boca; el mentón inmóvil. Los ojos enmarcados por una raya color verde. Vivaracha, mueve las manos de aquí para allá, se atusa el pelo mirándose en el espejo. Es una mujer presumida, a la que le gustaría posar para los fotógrafos, elegante y exquisita, como Rania de Jordania. O abrir a los periodistas las puertas de su casa como hace libérrima la primera dama de Francia, Carla Bruni. Pero no puede.

Pese a que aparentemente no lo pretenda, Letizia es el último flotador de la monarquía española. «La verdad es que gracias a ella todos los actos aparecen en la prensa, aunque sea de forma secundaria: hablan de sus zapatos o de su bolso, pero se reseñan. La Princesa se ha convertido en el último objeto de deseo, no cabe duda de que aporta algo que hace que todo el mundo se interese por el Príncipe, por la Casa Real», reconocen en La Zarzuela.

Sin embargo, Felipe es el heredero, el único que tiene un papel asignado por la Constitución de 1978 como futuro jefe del Estado. Y a él se le plantea el problema sucesorio de si será capaz de realizar la conversión de juancarlistas a monárquicos. Conseguir que los españoles aprecien a la institución, no sólo a su padre. «A eso le puede ayudar Letizia —apunta el académico de la lengua y periodista muy cercano a la Familia Real, Luis María Anson—, porque ella es una mujer con un gran sentido de la realidad. Por sus relaciones personales, su anterior matrimonio, sus compañeros, por haber trabajado en periódicos, radios y televisiones. Por su familia, con muchos altibajos... Todo eso hace que, cuando le diga algo al Príncipe, estará dictado por un sentimiento general de la realidad de la sociedad de la que ella ha formado parte.» Lo intuyó desde el inicio don Juan Carlos: «Vuestra unión es semilla de continuidad dinástica y garantía de estabilidad para la monarquía parlamentaria», dijo en el brindis de la boda.

La puerta del salón de audiencias, contiguo al despacho del Rey, se abre. Un nuevo día de trabajo empieza en el palacio de La Zarzuela. Un guardia civil hace entrada y anuncia: «¡Su alteza real la princesa de Asturias!» La nueva imagen de la monarquía, la futura Reina de España, aparece entre grandes zancadas, una escueta minifalda de Mango y un *twin-set* de lana gris con lentejuelas. Los codazos entre la veintena de fotógrafos por conseguir la mejor posición se suceden y empieza un atronador ruido de disparos. Ella aborda como puede, con sonrisa

amplia y postura rígida, el saludo a las quince personas que la esperan en audiencia. Minutos antes, todos practicaban con esmero su mejor reverencia. A la hora de la verdad, frente a su alteza real, el pánico se apodera de ellos. Parecen olvidar el ensayo general: hay quien se inclina tanto que corre el riesgo de darse de bruces contra ella, mientras que otros hacen un extrañísimo cruce de piernas. «Hola, ¿cómo está? ¿Qué tal? Buenos días, ¿cómo va?...», pregunta doña Letizia. Y entonces posa un instante, con los ojos bien abiertos, pegada a sus invitados. Quiere asegurarse de que en las imágenes se vea que está trabajando.

La prensa se retira. Y la Princesa se queda sola en audiencia privada. Anima a los presentes a que se acerquen rodeándola. Tiene cuarenta y cinco minutos para que le cuenten a qué se dedican, cuáles son sus necesidades, y transmitírselas a quien tal vez pueda ayudarlos. Sabe que su trabajo consiste en hacer de correa de transmisión entre los ciudadanos y los altos cargos públicos. O, como ella misma explica, en ir haciendo amigos por el mundo.

Fuera, los fotógrafos parecen contentos. Intuyen que el modelo de hoy dará que hablar. Letizia vende. Ocho veces más que el Príncipe. Veinte veces más de lo que venden los Reyes. Sus *peep toes* o el largo de sus faldas. Todo es objeto de controversia. Un debate que parece no interesarle. No pretende ser *fashion*, ni chic, ni elegante, sólo aparecer adecuada y correcta. «En este tiempo, lo que de verdad le ha molestado es leer y oír cosas que no se ajustan a la verdad, o la invasión de la vida privada de su familia o de la gente a la que quiere», cuenta una amiga muy cercana que prefiere no revelar su nombre para evitar el acoso de la prensa rosa. La Princesa tiene asumido que el viaje del anonimato al cuché es un precio que aceptó pagar cuando decidió casarse, un lluvioso 22 de mayo de 2004, con el futuro Rey de España. Se ha forjado una espalda ancha y una piel gruesa. A estas alturas es, dicen, invulnerable.

«Ella entiende que ha entrado en un mundo diferente y no quiere despegarse de la realidad. Ése es el plus que puede apor-

tar a la institución. Letizia sabe lo que cuesta un billete de metro, el kilo de merluza, la mensualidad de los colegios concertados, una hipoteca, o cómo reclamar un recibo del agua al Canal de Isabel II. Entiende lo que le interesa a la gente joven, los problemas de adaptación del sistema universitario español al Plan Bolonia. Conoce cuáles son las diferentes sensibilidades de los territorios históricos de nuestro país, el número de parados, el pulso de la vida. Y junto con su marido forman un gran equipo. Están en el mismo barco.» Hay quien avisa: «Sólo se equivocará si se dedica a ser más princesa que ciudadana, si se rinde ante el vestuario o una nueva nariz.» No lo parece. En privado Letizia no duda en hablarle claro y conciso al Príncipe. Anson: «Tendrías que verla explicándole a él cómo tiene que actuar delante de las cámaras de televisión.» El heredero nunca ha estado tan a pie de calle.

Hotel Ritz de Madrid. Los Príncipes presiden la entrega del galardón Francisco Cerecedo de periodismo a Enric González, el reencuentro de Letizia con su gremio. Felipe parece feliz. Hablador, comunicativo, interesado, observador. Más cercano. Se empeña en conocer, excitado, la opinión de algunos asistentes sobre la última película que ha visto: *Celda 211*. «Alteza, lo siento, padezco claustrofobia y sólo voy al cine cuando ya no acude nadie», le responde cariacontecido el galardonado. Minutos más tarde, durante la lectura de un discurso que incluye unas palabras de Julio Camba, el heredero, ante el asombro de los asistentes, finaliza la frase con un sorprendente: «Fin de cita.» Su mujer le consuela. «No te preocupes, lo has hecho muy bien», le susurra cómplice. Él sonríe, aliviado. Letizia le ha sentado muy bien, abriéndole las puertas de un mundo que, en parte, no era el suyo.

«De pequeño hubo un momento en que tuvimos que alejarle de la vida deformante de palacio. Los Reyes estaban preocupados por él. Decidieron enviarle a estudiar COU a Canadá. Felipe era pachorro y parsimonioso, flojo en sus estudios, sobre

todo en matemáticas y física, impuntual, perezoso, y le costaba levantarse por las mañanas», contó de él su primer tutor, José Antonio Alcina.

—¡Hombre, era vaguete y travieso, como cualquier chico de su edad! Le gustaba salir por ahí con su moto...

Lo confirma desde el otro lado del teléfono su primo el Príncipe Pablo de Grecia, uno de sus mejores amigos y la persona con la que Felipe pasó sus dos últimos años de formación en Georgetown cursando un máster en Relaciones Internacionales. «El tiempo que estuvo allí, paseando en bicicleta por la ciudad, saliendo de compras, de copas con los amigos, es algo que ya nunca podrá repetir. Fue totalmente libre.» Los dos primos vivían en un adosado de tres pisos y compartían los gastos de 2.700 euros que les costaba el alquiler y el ayuda de cámara, Pedro, un exfuncionario jubilado de la Embajada de España que se encargaba de la limpieza de la casa. «Sí, la verdad es que Felipe cocinar, no cocinaba mucho», ríe su primo. Y añade: «Pero el Rey se ocupó de traernos desde España unos patas negras que hicieron que tuviéramos la casa llena de colegas durante una buena temporada.»

—Háblenos un poco de su infancia...

—A los dos nos educaron con la misma filosofía de vida: conoce tu pasado para mejorar tu futuro, por eso le gusta tanto la historia.

—Él, como usted, es un joven de otra generación. ¿Cómo entendía don Felipe que debía ser la nueva monarquía? ¿Creció con la idea de que iba a ser Rey?

—Felipe siempre ha crecido con la idea de que tenía que dar lo máximo de sí mismo por su patria, y eso es lo que le interesaba. Daba igual si llegaba a ser Rey o no. Si tú te mejoras a ti mismo, entonces puedes mejorar la vida de los que tienes a tu alrededor. Solamente el futuro y la historia nos dirán cómo será el resto.

La vida del Príncipe nunca será como en Estados Unidos; una época de libertad en la que se hizo mayor y la prensa le dejó respirar. Pero Felipe y Letizia, según sus amigos comunes, tra-

tan hoy de llevar «una vida normal». No es extraño verlos en el cine armados con una enorme bolsa de palomitas. O degustando un *falafel*, ella, y un *kebab*, él, en un restaurante turco minúsculo, el primero que abrió en Madrid. Hablando entre dientes, tan bajo que nadie más puede escucharlos. Relajados, como una pareja cualquiera. «Te presento a mi chico», le gusta decir a ella cuando se encuentran con sus amigos.

«Veo a Letizia mucho más que antes, aunque parezca mentira —asegura su amiga—; ayer mismo trajo a sus hijas a merendar a casa. Vamos al Parque de Atracciones, a ver la iluminación navideña, al circo... Hacemos cenas de amigas, a veces en restaurantes mexicanos, que ella adora por el tiempo que pasó en ese país. Si algo echan de menos es la normalidad, sobre todo cuando hacen un viaje oficial y no pueden acercarse a la gente, a los mercados, comer platos típicos...» Una vida normal. La normalidad. Algo en lo que insisten sus allegados y ellos mismos de forma casi obsesiva, tal vez conscientes de que ésa sea la gran baza de la nueva cara de la monarquía.

Sin embargo, las distancias están ahí: los Príncipes viven en una casa de dos plantas y 1.090 metros cuadrados a un kilómetro del palacio de La Zarzuela, en el parque natural de El Pardo. Felipe reside aquí desde 2002, cuando se *independizó* de sus padres para mudarse a esta vivienda de 4,2 millones de euros. El plebeyo más próximo y la realidad están seis kilómetros monte abajo.

«Es que no, no son iguales», vocifera haciendo aspavientos con las manos el periodista Miguel Ángel Aguilar mientras se pasea por su despacho de la Asociación de Periodistas Europeos de la que el Príncipe es presidente de honor. «A mí cuando dicen: "Los Príncipes, rompiendo todo protocolo, se acercaron a ver a los niños." Digo: "Toma, claro, ¿por qué rompieron todo protocolo? ¡Pues porque lo tienen!" Yo no puedo romperlo porque no lo tengo. Es lo mismo que cuando [José María] Pemán le preguntó a Franco por qué no se autonombraba Rey y se dejaba de coñas. Y él le respondió: "Desengáñese, la monarquía requiere antigüedad." Y yo digo que el poder requiere distan-

cia. Lo que no perdona la gente es la pérdida de distancia. Eso es letal. Otra cosa es que ellos la pierdan contigo. Eso es la normalidad de la deferencia establecida.»

En una nublada mañana de diciembre los Príncipes viajan a Murcia, donde inauguran un congreso sobre voluntariado. Durante los discursos intercambian impresiones al oído. Más tarde inician el camino entre los estands de las ONG, cogidos de la mano. «¡Felipico, Felipico, saluda!», grita una mujer. «¡Guapo, madre mía si está guapetón!» «¡Una foto, una foto!» Entre la vorágine, decenas de móviles apuntan a la pareja. El equipo de prensa se desespera: «Con estos actos buscamos que la gente converse con ellos, que se lleven la impresión de que han venido a escucharles, pero es que sólo quieren la foto, hasta que no han disparado, nada.» Muy a su pesar. Los Príncipes desean ser cercanos, útiles, tratan de mostrar en qué consiste la monarquía («eso tan intangible»), pero como toda respuesta se topan con los *flashes*. Desde 1969, cuando fue nombrado heredero, don Juan Carlos trató siempre de escuchar los problemas de la gente. Hoy parece que las personas ya no suspiran por la atención del futuro jefe del Estado. Lo que anhelan es una foto. Los Príncipes son como artistas devorados por la fama. Y es así cada día.

«Tienen muchísimas peticiones, cada vez los solicitan más», admiten en La Zarzuela. En los últimos años se ha ido reestructurando la mínima Secretaría del Príncipe a medida que los compromisos de la pareja aumentaban. Este órgano se creó en 1995 para dar apoyo directo al heredero tras su regreso de Estados Unidos. De él se ocupaba únicamente Jaime Alfonsín, abogado del Estado. Hoy, once funcionarios y cuatro ayudantes militares, discretos, trabajadores disciplinados, que dan mucho y reciben poco a cambio, forman el equipo más directo de los Príncipes. Además, cuentan con toda la estructura de protocolo, prensa y seguridad de la Casa del Rey. Muchos militares, algunos diplomáticos y prácticamente ninguna mujer.

«Somos cuatro entre... buff, muchos hombres. No llegamos ni al uno por ciento. Menos mal que tenemos a nuestra Reina y a nuestra Princesa», afirma una de las pocas trabajadoras de La Zarzuela.

«Cuando Felipe volvió de Estados Unidos en 1995 había dos opciones, que fuera un Príncipe en activo o uno a la espera. Se decidió que fuera una herramienta más al servicio de la Casa y, por tanto, que estuviera presente en todos los ámbitos, algo que le permitiría conocer mejor la tarea que un día tendría que desarrollar», explica un portavoz. «Cuando regresó le dijeron: "Ahora ya, *macho*, te toca ponerte a *currar.*" Y empezó a trabajar directamente con el Rey. Era el becario del Monarca, dijéramos», resume otro. Debía estar presente en los grandes acontecimientos del Estado, conocer España, a sus gentes, y estar cerca de su padre en las situaciones importantes, como ya lo había hecho la noche del 23-F.

Seis meses después de aquella decisión, el 13 de enero de 1996, el heredero al trono sustituía por primera vez al Rey en la toma de posesión de un presidente iberoamericano. «¡Desde entonces es el único que ha ido a todas!», se jactan en la Casa Real. Letizia le acompaña desde 2004. «Cumple un papel en política exterior que no ejerce el jefe del Estado, que desempeña él. Ha trenzado un nivel de comunicación y de diálogo con la clase dirigente latinoamericana que resulta muy útil. Es un papel importante de relaciones en un área que es la pata fundamental de la política exterior española.» Aquel mismo año empezó a recorrer las comunidades autónomas. Y desde 1997 se sienta junto a su padre en la reunión anual de la Junta Nacional de Defensa. Junto al Monarca, el presidente del Gobierno, los vicepresidentes, los ministros de Defensa, Interior, Asuntos Exteriores, los miembros de la cúpula militar y el director del servicio secreto CNI, ha ido conociendo las grandes directrices de defensa en el país.

La Familia Real no se pronuncia públicamente sobre casi nada. Las pocas veces que lo ha hecho, como cuando la Reina se manifestó contraria al matrimonio homosexual, ha sido objeto de todo tipo de críticas. Pero los gestos y símbolos intentan suplir el silencio real. Y el Rey es un experto en política gestual. Poco a poco ha ido cediendo espacio a su hijo. Por ejemplo, Felipe inauguró en septiembre pasado el curso universitario, un acto que hasta entonces siempre había presidido el Monarca (a excepción de 1997, cuando el heredero le acompañó para conocer su procedimiento). Una muestra más de este relevo tuvo lugar el pasado fin de año, durante la Conferencia de Presidentes Autonómicos. No había amanecido aún cuando Felipe tomaba café y charlaba animadamente con Esperanza Aguirre, José Montilla, Alberto Núñez Feijóo y Paulino Rivero. Los periódicos nacionales reprodujeron la imagen en portada. A lo lejos se veía a don Juan Carlos acompañado únicamente por su mano derecha, el jefe de la Casa de Su Majestad el Rey, el diplomático Alberto Aza.

No fue sólo aquello. Días después, durante el tradicional discurso de Navidad, don Juan Carlos concedió al Príncipe un papel protagonista en el atrezo. Puso de fondo, mientras hablaba, una foto de su hijo. Allí estaba el futuro Rey. Esperando su momento. «A estas alturas, ningún asunto le es ajeno al Príncipe. Ninguno», aseguran en La Zarzuela. Letizia ya ha podido ver cómo su marido resolvía problemas de Estado a golpe de teléfono.

La Reina es la única que en 2008 abordó públicamente la posibilidad de una abdicación. «Ni el Rey está cansado ni el Príncipe impaciente», sentenció. Coinciden con ella historiadores, políticos y allegados a la Familia Real. «Mientras tenga unas condiciones físicas razonables debe mantenerse en el cargo», asegura el senador del Partido Popular Manuel Fraga. «Es preferible que no haya una abdicación para que no exista una convivencia entre dos elementos —apunta el académico de la

historia Luis Suárez—, porque recuerdo lo que pasaba con don Juan, que uno no sabía a quién tenía que llamar majestad, si a él o a su hijo.»

Con la autoridad que concede ser uno de los padres de la Constitución, Gregorio Peces-Barba ignora la ley antitabaco fumándose un puro habano, el primero de la mañana, en su despacho de la Universidad Carlos III de Madrid. «¿Por qué vamos a cambiar a este Rey magnífico si está en plena madurez?», se pregunta. «Aunque doy fe de que el Príncipe está muy bien preparado, tiene la mejor formación de un político, la carrera de Derecho. Un día tuve la oportunidad de hacerle una especie de examen sobre las Leyes Fundamentales y el tío se las sabía estupendamente. Yo he hablado mucho con él; cuando estaba con los líos de la noruega [Eva Sannum], el Rey me pidió que le aconsejara. Le dije que buscara a alguien que nunca pensase en divorcios ni en nada de eso.»

El Príncipe siguió sus impulsos y se casó con una mujer plebeya y divorciada. «Y no sabes cómo son, tal para cual —explica la amiga de Letizia—; están todo el tiempo de la mano, mirándose... Nosotros les decimos: "¿No os cansáis, hijos?". Y no, no se apaga. Lo suyo no se apaga, se tienen una gran admiración. Ella no manda nada, le admira profundamente, le quiere con locura y aunque alguna vez ha podido decir "¡qué duro es esto!", lo ha superado por el amor que tiene por este señor, porque cree que es inteligentísimo, un hombre de una sola pieza. Una de esas personas con mirada limpia, llena de bondad, incapaz de sentir rencor, generosa y atenta con cualquiera, no sólo con su mujer.»

«De que Felipe está bien formado no hay ninguna duda. Y es bastante encantador —asegura Miguel Ángel Aguilar—. Pero la gran superioridad del Rey ha sido su capacidad de sintonizar, de conocer la condición humana porque él ha vivido en condiciones de conocerla. Felipe, como me dijo a mí un ayudante militar, a los cuatro años iba corriendo por La Zarzuela y la Guardia Real se le cuadraba. Eso no le pasaba a papá; a papá, joder, le daban un cachete en el culo y a correr. Esa escue-

la de la calle es algo que Juan Carlos no ha podido transmitirle a su hijo, porque él no nació en el exilio ni pasó sus penurias. El Rey no estará graduado en Oxford o Harvard, pero de la condición humana sabe mucho y se nota. Tiene lo que se llama la universidad de la calle y eso ha jugado a su favor, porque lo ha sabido jugar.»

Jardines del Palacio Real de El Pardo. Son las diez de la mañana y el termómetro roza el cero, producto de la copiosa nevada que ha caído la noche anterior. Las piernas de los hombres de la Unidad de Música de la Guardia Real tiemblan bajo el uniforme azul turquí. Las tropas del grupo de honores, la guardia montada y la plana mayor del Ejército aguardan en la entrada de la fortificación, el lugar donde residió Franco hasta su muerte y que hoy se utiliza como residencia oficial de los jefes de Estado extranjeros de visita en España. En la puerta, el alcalde de Madrid, Alberto Ruiz-Gallardón, se da golpecitos una pierna contra la otra para entrar en calor. A lo lejos, don Juan Carlos charla animadamente con Alberto Aza, de un fino humor irónico, dicen, como el del Rey. El coche oficial del presidente de Vietnam, Nguyen Minh Triet, aparece y el Monarca hace los honores. Lo saluda efusivamente, como si fueran amigos de toda la vida. Sin embargo, es la primera visita del líder vietnamita a España. El Rey trata de bromear, pero el esforzado traductor no parece seguir el ritmo. El presidente del país comunista no se ríe.

Horas más tarde, antes de la cena de gala que los Reyes ofrecen al mandatario extranjero en el Palacio Real de Madrid, la pareja vietnamita entra en el salón de Teniers relajada y entre medias sonrisas. Parece que el buen hacer de don Juan Carlos durante su audiencia privada ha surtido efecto. «El Rey es una persona muy simpática, y eso es algo que no le puedes exigir a todo el mundo», observa el último premio Nacional de Historia, José Antonio Escudero. Eurodiputado por UCD entre 1987 y 1999, ha tenido la oportunidad de escuchar al Monarca

en las sesiones solemnes del Parlamento Europeo. «Y siempre era uno de los que mejor quedaba. Porque es cercano, sabe idiomas... Recuerdo que coincidió con un presidente portugués que le preguntó algo. El Rey le respondió en su idioma. ¡Estaba encantado! ¡Le cayó fenomenal! Y eso es impagable a efectos de mercadotecnia.»

En las cumbres europeas, en Iberoamérica o en Marruecos, en los tiempos difíciles de Perejil o tras el 11-M, don Juan Carlos ha demostrado desde siempre, dicen, una capacidad de comunicación que ha sabido utilizar en todos los contextos, ganándose el aprecio y el respeto internacional. Medió, por ejemplo, entre Bill Clinton y José María Aznar aprovechando su buena sintonía personal con el presidente de Estados Unidos. Bastaron cinco horas navegando en su yate, el *Fortuna*, para desatascar las malas relaciones. Por algo los diplomáticos lo llaman El Facilitador.

«Todos los gobiernos han utilizado al Rey. Eso ha sido permanente. Pero muchas veces, cuando ha habido una intervención del Monarca, los diplomáticos han preferido no hacerla pública. Procuran por todos los medios que no se sepa», revela una fuente de la Casa.

¿Sabrá Felipe cumplir el mismo papel de mediador entre países? «Hombre, Felipe es un hombre más serio, más responsable, que estudia todo a fondo. Don Juan Carlos es más militar, le gusta abordar los aspectos desde el punto de vista irónico. Es más divertido en el trato con la gente. Pero no creo que vaya a haber ningún problema en la sucesión. Felipe tiene un gran apoyo popular, como el Rey, al que todo el mundo quiere», afirma Anson.

El 81 por ciento de los españoles considera que el Rey ha sabido ganarse la simpatía de los ciudadanos, incluso de aquellos que no veían la monarquía con buenos ojos, según una encuesta del CIS de 2008. La mayoría de ellos destaca el papel del Monarca durante la Transición. «Se ha ganado el cargo. Paró el golpe del 23-F, entre otras razones porque era el único

que podía detenerlo. Eso le dotó de una legitimidad que para sí hubieran querido la inmensa mayoría de sus predecesores, y convirtió a la mayoría del país, ya que no abiertamente en monárquica, sí por lo menos en juancarlista», sostiene el escritor Javier Cercas, autor de *Anatomía de un instante*. Su libro, sin embargo, ha puesto en duda, por primera vez, el rol del jefe del Estado durante la noche del 23-F.

El diputado de Izquierda Unida Gaspar Llamazares coincide con Cercas y apunta lo que, para él, será otra de las claves de la sucesión: «Muy bien, Juan Carlos ha hecho un servicio al país, sobre todo en relación a la Transición.» ¿Y Felipe? «La herencia no basta. Se necesita una suerte de reválida.»

«Trabajo, trabajo y trabajo», responden ante eso en La Zarzuela. Sin embargo, durante los dos meses que seguimos a los Príncipes de Asturias, los herederos trabajaron oficial y visiblemente unos tres días a la semana. Ocho horas. «Existe una intensa labor interna que no se ve: reuniones, leer los dosieres que les preparamos para cada actividad. No paran», aseguran en la Casa. «Y yo me pregunto: a una persona cuya única obligación es acudir a actos de este tipo y dar la mano, ¿podemos pagarle nueve millones de euros?», cuestiona Iñaki Anasagasti, senador del PNV y autor del libro *Una monarquía protegida por la censura*. «¡Son sólo 87 céntimos por contribuyente!», se defienden en palacio.

La economía de la Familia Real, cuya existencia se protege con tanto celo, es uno de sus lados más vulnerables. Aunque el Rey recibe del Estado una asignación anual de 8,9 millones de euros, que distribuye libremente sin rendir cuentas, el presupuesto es mucho más amplio. El Ministerio de Administraciones Públicas paga 6,2 millones de euros de los sueldos de los funcionarios; de la seguridad se ocupan Defensa e Interior. Asuntos Exteriores cubre los viajes oficiales y los no oficiales, y Fomento los coches. Y aunque todos los ministerios han admitido que cubren ciertos gastos, ninguno ha sido capaz de detallar a esta revista el montante que dedica a La Zarzuela.

«El Rey informaría de cómo utiliza el dinero público,

pero es algo que no le pide la Constitución. Si informase, estaría violando la ley, de la cual es garante. Cuando los diputados se pongan de acuerdo y la modifiquen, su majestad presentará sus informes encantado de la vida», responden en palacio. No parece que eso vaya a pasar. «Nos sentimos satisfechos con el nivel de información que tenemos», afirma un portavoz del Grupo Socialista, mayoritario en el Congreso. El Grupo Popular no ha querido responder al respecto.

Por otra parte, a estas alturas, la opinión pública no sabe exactamente qué bienes posee la Familia Real española. ¿Qué pertenece a Patrimonio Nacional y qué al Rey? ¿Qué pueden decir sobre sus intereses privados? ¿Sobre la empresa que creó la infanta Elena? ¿Y de los negocios de Iñaki Urdangarin? ¿Y de las propiedades privadas y las inversiones del Monarca con Mario Conde, Javier de la Rosa o Manuel Prado y Colón de Carvajal? «Todos los miembros de la Familia Real realizan la declaración de la renta. Y eso es algo que no tienen por qué hacer público. Esta casa no tiene empresas. Su única empresa es España», zanja un portavoz.

¿La llegada de los nuevos Reyes, una generación diferente, dará respuesta a estas y otras críticas sobre la opacidad, el hermetismo y la poca transparencia de la monarquía? Opiniones que la Casa Real considera «tópicos sin sentido». Y a los que la nueva pareja hace frente tratando de transmitir que en la Corona no hay poder político ni económico. Que aquello es otra historia. Que todo lo que hacen es por España. Sin embargo, los comentarios siguen ahí, haciendo mella. Por ejemplo, en la frialdad de sus relaciones con los medios.

«Si nos sentáramos a hablar con alguien, entonces todo el mundo querría lo mismo. Y en esta Casa se está para trabajar. Ni el Rey, ni la Reina, ni el Príncipe, ni la Princesa tienen que revalidarse ante unos electores; por tanto, no tienen necesidad de aparecer en los periódicos o las revistas. La Zarzuela no es un palacio lleno de glamur, y esto es un trabajo muy duro. Eso es lo que debemos mostrar», repite machacón una y otra vez el equipo de prensa. El cuarto poder, como

le explicó en su día el Monarca a su hijo, es un medio poderoso que puede encumbrar o derribar a una persona o una institución y destruir su fama o acrecentarla.

El silencio real parece fruto del panorama contradictorio al que efectivamente se enfrenta la Casa Real. Por un lado deben ser ecuánimes, como les piden muchos. «La monarquía debe ser un faro, un referente que no se mezcle en las peleas cotidianas», dice el historiador José Antonio Escudero. Por otro, el Gobierno reclama veladamente al Rey que utilice sus grandes dotes diplomáticas para resolver determinados asuntos de Estado. «Sí, se han solicitado gestiones, buenos oficios, mediaciones a su majestad en algunos enfrentamientos», confirma el ministro de Asuntos Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, que prefiere no dar ningún ejemplo concreto. La Casa del Rey guarda silencio. «Si lo contamos, anulamos su eficacia. Ya nos gustaría poder explicar exactamente para qué sirve la monarquía, qué hacen el Príncipe o el Rey. Ésa sería nuestra mejor campaña de imagen, pero entonces desactivaríamos su poder benefactor.»

¿Qué piden entonces? ¿Un acto de fe? «Una cosa es la discreción y otra el secretismo, deben ser discretos en política y más transparentes en lo que se refiere a los recursos públicos asignados e intereses privados —advierte el diputado republicano Gaspar Llamazares—, y cuando llegue el momento de la sucesión, estos y otros temas, como el debate entre monarquía o república o la preferencia del varón sobre la mujer, tendrán que plantearse.»

El artículo 57 de la Constitución, aquel que discrimina a las mujeres en la sucesión de la Corona, es una de las reformas pendientes del Congreso. Un artículo que nunca se sometió a debate. «Yo fui la única persona que propuso enmiendas —desvela María Teresa Revilla, diputada por Valladolid de UCD y la única mujer en la Comisión Constitucional—, pero el día antes de reunirnos se me pidió encarecidamente

que las retirara. El asunto era muy delicado y me vi obligada a hacerlo. Sigo sin comprenderlo, habría sido muy importante para las mujeres.» Sobre todo para Leonor, la hija mayor de los Príncipes de Asturias, que sólo será Reina de pleno derecho si en la línea sucesoria no aparece un varón.

«¡O dice: "No me apetece"!, como le pasaba a Felipe, que siempre estaba "No me apetece, no me apetece"», clama Miguel Ángel Aguilar. «Y ésa es su más inminente amenaza. El día que decidan que esa vida no es la que quieren, en cuanto suene ese clic, la monarquía se va al carajo. Si la realeza es funcional seguirá rodando, pero si los titulares de la Casa consideran que es una vida muy sacrificada, pues *ciao!* Hace falta un plus de convencimiento. Y eso, en medio del exilio y la austeridad, lo tenía don Juan y lo tiene don Juan Carlos, pero en el ambiente moderno es algo muy, muy difícil de transmitir. Se tienen que repetir mucho a sí mismos que están al servicio de España, porque si no...»

«Los Príncipes deben saber que estamos en la construcción de una Europa en la que las monarquías cada vez van a tener un papel menor», vaticina Anson. «Y que hay gente que prefiere elegir con su voto al jefe del Estado. Un comportamiento mucho más democrático que el que un espermatozoide tenga más suerte que otro. Es un ejemplo claro, ¿no? ¡A ver si les dejan publicarlo!», desafía Anasagasti.